

Polvo del Sahara

Nataly González



Capítulo 1

El polvo del Sahara cubrió la ciudad en la noche, y al despertar no se veían las nubes de verano, sino una capa sepia sobre los edificios cubriendo el sol de agosto. Me fascinaba la idea de aquella arenisca trayendo consigo un pedazo de desierto, un poco de memoria de África (y una luz roja para los asmáticos, que debieron quedarse en casa ese día).

Le pregunté a mi madre si podía subir al techo y guardar un poco de polvo en una botella. Me miró por encima del hombro mientras picaba patatas en la cocina, se acomodó las gafas con los nudillos y dijo: "Estate quieta", a lo que respondí: "Va a ser solo un momento". Mi padre, que veía las noticias en el salón, levantaba el dedo índice y asentía cada vez que escuchaba algo interesante.

Empecé a coleccionar botellas desde que tenía 8 años. Había algo hipnotizante en la forma en que la luz atravesaba el cristal y formaba arcoíris al llegar al otro lado. Me gustaban sobre todo las botellas raras, esas que parecían hechas por elfos vidrieros, con relieves que se podían leer pasando el dedo por la superficie. Solíamos lavar las botellas en el patio trasero, y las dejábamos secar al sol, mientras veíamos la luz deformarse contra el cristal.

Un día, mi padre llegó a casa arrastrando un baúl de madera oscura y correas de piel de vaca. Lo pusimos en mi habitación y decidimos que era un buen lugar para guardar las botellas. Cuando el baúl se llenaba, mi madre decía que había que hacer inventario. Yo odiaba aquella palabra. Decidir cuál tirar y cuál conservar era un proceso largo y doloroso, como una limpieza dental. Cada botella cobraba vida en el momento que la traía a casa, así que deshacerme de ellas era como olvidar.

Abrí el baúl y me quedé mirando la colección por un instante. Luego, sin pensarlo demasiado, escogí una botella pequeña, de cristal claro con relieves en la base, que conservaba su corcho original.

Vivíamos en la planta baja de un edificio de los 50. Nuestra casa había sido una farmacia antes de que la remodelaran como vivienda, y todavía se podían ver rastros de un mural en la fachada patrocinando aspirinas. Subí las escaleras del edificio saltándome los escalones por pares, seis pisos, con la poca luz que entraba por las ventanas empolvadas, hasta llegar a la puerta de acceso al techo.

Unos años atrás un prófugo de la ley que había saltado desde el techo vecino, le pegó una patada a la puerta de acceso a las escaleras y bajó hasta el tercer piso. Después, se coló por una ventana hacia el respiradero del edificio, y se descolgó por el hueco hasta que cayó justo en el patio trasero donde lavábamos las botellas. Por suerte para nosotros y

desgracia para él, no había nadie en casa, así que el prófugo se quedó encerrado hasta que la policía lo encontró, dos horas después, sentado en la cocina comiéndose el pie de coco de mi madre. Después de ese día, mi padre instaló en la puerta de acceso al techo tres pestillos gordos que se abrían por el interior.

Abrí los pestillos con dificultad, con la botella debajo del brazo, usando mis dos manos. La puerta chirrió un poco al abrirse. El techo estaba envuelto en una nube de polvo amarillo oscuro, denso como niebla tempranera de campo.

Solía escaparme a esta fortaleza de las alturas cuando era pequeña. Traía algunas botellas que no habían pasado el inventario y las hacía pedazos utilizando el martillo de mi padre. Después, apilaba los vidrios sobre un ladrillo y esperaba a que el sol hiciese su magia. Al atardecer, las luces dibujaban figuras en la puerta de los pestillos gordos. En otro momento, podría haber visto la silueta de la ciudad desde aquí, enmarcar algunos lugares de interés, espiar el techo vecino, pero ahora solo veía un desierto infinito extendiéndose hasta el horizonte.

Doy un par de pasos con la nube de polvo enroscada entre mis piernas. Estiro el brazo que sostiene la botella, y la levanto hacia el cielo, buscando algún rayo capaz de escapar de las garras del desierto, pero la botella luce opaca, sin vida, como si al perder su capacidad para reflejar la luz, dejara de existir. El polvo se abre paso apretándose entre las paredes de vidrio, y en menos de un minuto rebosa la boca de la botella. Llevo la mano al bolsillo, palpando para encontrar el corcho. Me ahoga el polvo que se cuelga en mi garganta, que sabe a tierra, a estiércol y a carbón. Logro poner el corcho a la botella y corro hacia la puerta del tejado, estirando los brazos, sin ver por dónde voy.

El interior del edificio está oscuro, las escaleras cubiertas de polvo africano. Arrastro los pies para sentir cada escalón, la mano derecha en el pasamano y la izquierda en el cuello de la botella. Al llegar al tercer piso, veo la ventana abierta por donde se coló el prófugo al respiradero.

Meto la cabeza al agujero, mirando hacia abajo, hacia el patio dónde limpiaba las botellas con mi padre. El polvo se ha vuelto tan espeso que es como estar dentro de algodón de azúcar color café. No se ve el fondo del respiradero, ni escucho el silbar del viento, ni siento el sol en la nuca.

El Sahara ha envuelto la ciudad en su velo místico, nos mete en la botella de vidrio y nos traga a todos.